

## EMILIO PRADOS EN MIS RECUERDOS

---

Nos proponemos recordar a Emilio Prados a través de una relación personal de treinta años con él. No nos detendremos, por ello, en el análisis de su obra, aunque tendremos que asomarnos a ella, más de una vez, no como objeto de estudio, sino como testimonio de esa relación. Ahora bien, una relación, así vivida, sólo puede mostrarse a la luz de los recuerdos que, con el paso del tiempo, emergen cada vez más borrosos en el mar creciente del olvido. Mis recuerdos se dan como acantilados, en ese inmenso mar que abarca desde 1933 hasta 1962, año de su muerte. Sobra añadir que lo que yo diga ahora, al reavivar las sombras del pasado con las iluminaciones del presente, es puramente subjetivo. En verdad, nada lo es más que esta vuelta a tiempos lejanos a través del recuerdo. Lo que con él se reaviva no es la realidad en toda su desnudez, sino la filtrada por lo que se vivió después de ella. Así pues, nuestros recuerdos no pueden dejar de ser subjetivos.

Me detendré, por tanto, en los que, al pasar por la pantalla de nuestra vida, hemos podido rescatar. Corresponden a tres periodos de desigual duración, y a lo largo de los cuales mi relación con Emilio se da con mayor o menor frecuencia y con más alta o baja intensidad. Y estos periodos son: el de los años de la República; el de la Guerra civil y el del exilio. En total, como ya apunté, unos treinta años. Detengámonos en cada uno de ellos.

---

\* Publicado en Manuel Aznar Soler, ed., *Las literaturas del exilio republicano. De 1939*, Actas del II Congreso Internacional. Barcelona, Grupo de Estudios del Exilio Literario, 2000, t. 1, pp. 609-622.

Conocí a Emilio Prados en los años de la República, exactamente en 1933. Apenas tenía yo diecisiete años y, en consecuencia, me doblaba la edad. No recuerdo con precisión cómo lo conocí. Tal vez por conducto de su sobrino, Ángel Caffarena, buen amigo y compañero de estudios en la Escuela Normal de Málaga, situada en la Plaza de la Constitución, cerca de donde vivía Emilio. Pero también pudo ser a través de la familia del doctor Enrique Rebolledo. Con su hijo Enrique compartía una actividad política juvenil y, por otra parte, yo estaba muy enamorado de su hermana Aurora. Emilio era muy amigo de la familia, frecuentaba su casa en la Plaza de la Constitución y pasaba algunos fines de semana en la casa de campo que —entre el monte y el mar— tenían en Benerjafé. Por una vía u otra, llegué a conocer a Emilio Prados. Y, desde entonces, iba a verlo casi todos los días al piso que ocupaba, encima de la mueblería de su padre en la calle Larios. Emilio ya era bastante conocido en los medios intelectuales de la ciudad, pero también en la agitada Málaga de aquel tiempo, como un hombre de ideas radicales, comunistas. A esto se agregaba, al hablar de él, que llevaba una vida solitaria, propia de un ser distante, extraño e inaccesible. Dada mi militancia juvenil comunista y mis inquietudes literarias, que apenas afloraban en aquel tiempo, me sentí impulsado ansiosamente a tratar a un poeta de renombre y, además, comunista. Con respecto a mi incipiente vocación literaria, debo señalar que ésta se mantenía no obstante los estragos que había sufrido al pasar por las clases de literatura de don Alfonso Pogonoveky, quien con su autoritarismo despertaba un verdadero terror entre sus alumnos, particularmente entre las muchachas. Su visión de la generación poética de Prados podemos deducirla de sus comentarios en su manual de literatura que —como era usual en la época— imponía a sus alumnos. Refiriéndose a los versos de “Canción del jinete” de García Lorca en los que se dice: “Córdoba. / Lejana y sola”, el temible catedrático apostillaba burlescamente: “¿Sola?, ¿con 80 000 habitantes?”

Después de esta experiencia académica, tan poco alentadora, se podrá comprender con facilidad cuánto me seducía la idea de encontrarme con la poesía misma, hecha carne y hueso en la persona de Emilio Prados. Y si a ello se agrega que él compartía las mismas ideas revolucionarias que yo, aún más fácilmente se puede deducir que yo ansiara conocerlo. Ahora bien, las consejas que circulaban en el medio provinciano sobre su carácter extraño y su vida solitaria e inaccesible me intimidaban un tanto. Pero, desde que por primera vez me extendió cordialmente su mano, me mostró su acogedora sonrisa y escuché su cálida y pausada voz, me sentí confiado como si lo hubiera tratado toda mi vida. Y en los encuentros posteriores me sentí reconfortado no sólo por su simpatía, sencillez y cordialidad, sino también por la generosidad con que me ofrecía libros, consejos, desde que advirtió mi interés por leer y escribir poesía.

Mis visitas a su casa se volvieron cada vez más frecuentes. Casi siempre iba yo solo, y durante horas y horas entablábamos un diálogo, más bien un monólogo, pues Emilio hablaba sin cesar de tal manera que apenas si dejaba un resquicio para mis palabras. Las suyas las vertía sin descanso, acompañándolas de la sonrisa que entre amable y burlona no desaparecía de su rostro. En esos largos monólogos en los que el tema era, en definitiva, él mismo, Emilio me hablaba de su paso adolescente con Vicente Aleixandre, por el Instituto de Málaga, del que no guardaba buenos recuerdos; de la enfermedad pulmonar que lo atormentaría toda la vida, aunque tuvo el lado placentero de ponerlo en contacto con la naturaleza en los montes de Málaga. Me hablaba también de su ingreso en la pequeña Residencia de Estudiantes, dirigida por Manuel García Morente; de su interés por las ciencias naturales, alimentado por su contacto —en Málaga— con la naturaleza, interés que lo llevó a su frustrado ingreso en la Universidad de Madrid. Más tarde entró en la Residencia de Estudiantes. Pronto, más que sus estudios, lo atrae escribir y bajo el estímulo de Juan Ramón Jiménez y el aliento de García Lorca produce sus primeros poemas. Por entonces

escribe un *Diario íntimo* publicado por José Luis Cano después de su muerte, que arroja datos sobre su desengaño amoroso con la joven malagueña Blanca Nagel. En nuestras conversaciones recordaba una recaída tan alarmante en su enfermedad que su padre decidió internarle en un sanatorio de Davos, Suiza. A las secuelas del amor frustrado se unía ahora la experiencia cotidiana del contacto con la muerte en su convivencia con enfermos agonizantes. Por sus relatos posteriores supe de otros capítulos de su vida: de su estancia en Alemania, en la Universidad de Friburgo, que enriquece su cultura literaria al leer textos orientales y lo inicia en la filosofía. Vuelve, según me contaba, a la Residencia de Estudiantes donde se perfila ya el joven poeta que aspira a hacer una poesía trascendente, libre de los juegos verbales y de la pirotecnia metafórica de la vanguardia, lo que le vale críticas de sus amigos. La que más le dolió —según me confesaba— era la de Moreno Villa, quien llegó a aconsejarle que abandonara la poesía. Como prueba su correspondencia, muchos años después, Emilio nunca olvidó esta crítica severa, aunque en el exilio mexicano siempre fue muy generoso —en sus juicios y en su trato— con Moreno Villa. En conversaciones posteriores se refería a su instalación definitiva en Málaga, donde su padre, convencido de que no le esperaba un futuro halagüeño en sus estudios, optó por comprarle la imprenta que se haría famosa más tarde al publicar la revista *Litoral*, verdadero órgano de su generación, y al sacar a la luz los primeros libros de Lorca, Alberti, Cernuda, Altolaguirre, Aleixandre, y por supuesto los primeros suyos: *Tiempo*, *Canciones del farero* y *Vuelta*. Aunque no vuelve a publicar en esos años, tal vez hipersensibilizado por algunas de las críticas recibidas, no deja de escribir. Produce entonces ese espléndido libro —*El misterio del agua*— que permanecerá inédito durante largos años. De él tuve el privilegio de escuchar a Emilio versos tan deslumbrantes como éstos:

Y queda el agua en pie  
y estremecida

en su tierra de luto  
—cadenas la memoria  
prisiones la truncada  
alta torre del cuerpo—:  
la contrición en sombra  
—aún húmeda en la sangre  
del corazón del día—,  
penando sobre el mundo  
por castigo del tiempo.

Ahí está, como en una nuez, el Emilio Prados que encontraremos de nuevo, pero engrandecido, en los años del exilio. De la misma época data otro libro excelente, *Cuerpo perseguido*, que tampoco verá la luz en muchos años. Pero, volviendo a los recuerdos suyos que Emilio me transmite por entonces, una parte de ellos se refieren a la profunda huella que ha dejado en su vida y su obra su contacto con el surrealismo, entendido por él no sólo como una aventura poética, sino como una audaz empresa de liberación humana. La acentuación de este lado liberador troncaba con su rechazo de la injusticia social, que él ya había percibido, en su niñez, en las condiciones de existencia de los obreros de la fábrica de muebles de su padre y, en su juventud, en sus primeros contactos con los campesinos de los montes de Málaga. Esta naciente conciencia de la injusticia lo lleva también a distanciarse de las preocupaciones vanguardistas o artepuristas de sus compañeros de generación y, finalmente, lo conduce a un afán poético y vital por servir a los oprimidos, afán que se intensifica a medida que se van desmoronando las esperanzas que había puesto en la República desde su proclamación el 14 de abril de 1931. Su desencanto desemboca en su adhesión a la fuerza política que, a su juicio, satisface más plenamente su afán de redención y justicia: la de los comunistas. Y se traduce, asimismo, en su entrada, con todo su poder creador, en un terreno virgen hasta entonces —salvo algunas incursiones de Rafael Alberti—: el de la poesía social y política.

Es entonces cuando tengo la fortuna, para mi joven comunista e incipiente poeta, de entablar una relación inolvidable, con Emilio Prados. ¿Qué vida hace y qué poesía escribe en esos años malagueños? Contra lo que se pudiera esperar, Emilio no traduce su inconformidad radical con la sociedad existente ni sus esperanzas revolucionarias en transformarla en una vida política activa y, menos aún, militante. Tiene, ciertamente, en Málaga, amigos que sí militan, como Miguel González, y otros que son simpatizantes, como el doctor Enrique Rebolledo, el guitarrista José Navas, el periodista Juan Rejano y el ya generoso mecenas Bernabé Fernández Canivell. Pero Emilio no milita en el Partido Comunista, aunque visita alguna vez su local de la Calle del Cerrojo en el Barrio del Perchel. Su actividad política discurre por otros dos cauces: su poesía y su convivencia con los pescadores de El Palo y con obreros tipográficos de la ciudad, a los que adoctrina con su palabra. Cada mañana se dirige Emilio a la playa del Peñón del Cuervo, donde se queda horas y horas extasiado ante el mar con una bolsa de tomates al lado, o hablando con su voz pausada y su sonrisa de siempre a los pescadores o “marenegos” que, por primera vez, oyen boquiabiertos que sus males, su miseria, sus sufrimientos tendrán remedio en la sociedad futura que él les diseña. Pero, no obstante esta profunda convivencia humana ante el mar, en la ciudad, Emilio sigue teniendo fama de hombre extraño y solitario.

En aquellos años de la República, Málaga es un hervidero político; sus calles se estremecen, de cuando en cuando, con sus huelgas y manifestaciones obreras. No es casual que se la llame, por ello, “Málaga, la Roja”, y, sobre todo, por haber elegido al primer diputado comunista, el doctor Cayetano Bolívar. Pero la ciudad tiene también una intensa vida cultural que se concentra en dos activas instituciones: la Sociedad Económica de Amigos del País y la Sociedad de Ciencias. Emilio, sin embargo, no participa en esa vida cultural. Es difícil verlo en las frecuentes exposiciones, conferencias, conciertos y recitales poéticos. Y, no obstante, Emilio está activo política y poéticamente. Por un lado,

hace política al llevar su palabra esperanzadora a pescadores y obreros y, por otra, la hace al escribir sin cesar, encerrado en su casa, una poesía comprometida del más alto nivel. Todo esto en los años 33 y 34.

El primer poema que conozco de esta cosecha es el titulado “No podréis” que el propio Emilio me lee, apenas escrito. Es un poema que me deja, a la vez, deslumbrado y estremecido. Sus versos resuenan en mis oídos como latigazos hechos poesía. En él, así como en otros poemas de la época, publicados en la revista *Octubre*, que Alberti funda en 1933, veo con entusiasmo, en mi doble condición de incipiente poeta y joven revolucionario, la prueba de que se puede hacer buena poesía con buenos sentimientos, contradiciendo un dicho que haría famoso André Gide. Mi admiración por los poemas de *Octubre* se extiende a un conjunto de romances, apenas salido del horno y que sólo más tarde verá la luz con el título de *El calendario incompleto del pan y el pescado*. Me parece un tanto extraño —por entonces— que Emilio no sienta el deseo de publicarlos, de hacerlos llegar a los demás, dada la naturaleza combativa de esa poesía. Pero me dice que esta poesía, siendo eminentemente política, es para él, más que un arma política, la expresión de un sentimiento de justicia que internamente lo convulsiona. Por ello, sin desdeñar su publicación, ahora se limita —de acuerdo con su modo espontáneo de hacer política— a difundirla entre los pescadores de El Palo.

En 1934 un acontecimiento que estremece a todo el país conmueve sus fibras más sensibles. Se trata de la revolución de los mineros de Asturias, seguida de una implacable represión. A la conmoción que experimenta, Emilio le da cauce poético con la serie de romances que titula *Llanto de octubre*, y subtitula *Durante la represión y bajo la censura posterior al levantamiento del año 1934*. Un género tan tradicional como el romance cobra, con la sensibilidad y maestría de Prados, una nueva e insospechada vida. Así lo demuestra esta estrofa del que lleva por título “Amanece”:

Campo llano, campo liso,  
campo de tierra mojada,  
campo de caña y olvido,  
campo de dolor sin calma:  
antes que la sombra enrede  
sus dedos por tus retamas,  
negras rosas en las sienes,  
negras rosas en el alma  
tu juventud sin bandera  
caerá en la tierra tronchada.

Pero su compromiso político no es tan explícito en toda la poesía que Emilio escribe en este tiempo. Es difícil reconocerlo, por ejemplo, en estos versos de su poema "Hay voces libres", de claras resonancias surrealistas: "Hay barcos que cruzan lentos sobre los lentos mares / y hay barcos que se hunden medio podridos en el cielo profundo. / Hay manteles tendidos a la luz de la luna / y cuerpos que tiritan sin sombra bajo la oscuridad de la miseria" (De *Andando, andando por el mundo*, XIV).

En estos años Emilio publica poco y entre este poco se halla el librito — pues no llega a treinta páginas — que Manuel Altolaguirre incluye en sus Ediciones Héroes y que aparece en vísperas de la Guerra civil, exactamente en mayo de 1936. Tienen el tono un tanto hermético del poema anterior. Desciende en ellos a los estratos más profundos del ser humano, sin dejar de filtrarlos por el mundo en que el poeta vive. Dice así, por ejemplo, el poema "El llanto subterráneo" que da título al libro:

Como el llanto en la tierra,  
como las voces en la lluvia,  
hoy no puedo cantar como esas aves.  
¿Cómo podré, cómo podré crecer sin manos  
bajo las filtraciones dolorosas de esta angustiada arena?  
Como ya reconozco la amplitud de la harina  
junto a mi piel se pudren un caracol y un mundo.



Poesía ésta en la que la revolución no es sólo la subversión exterior, sino un profundo estremecimiento de su ser, dualidad de lo externo y lo interno que no deja de sorprender un tanto. Pero sorprende aún más que el poeta que, sin descender de su gran altura poética, se ha comprometido abiertamente, imprima ahora un sesgo inesperado a un conjunto de poemas que, por este tiempo, en estado de manuscrito, Emilio me los deja para leerlos. A pesar de que *El llanto subterráneo* me ha predispuesto a ver en la poesía de Emilio no sólo el lado directamente comprometido, otros nuevos poemas me sorprenden como lector militante, aunque sin dejar de sentirme deslumbrado poéticamente. Se trata de los poemas del libro titulado *La voz cautiva*, que sólo aparecerá muchos años después y gracias a que Bernabé Fernández Canivell, ese ángel constante y protector tenaz de la poesía en tiempos sombríos, había podido salvar el original.

Quedo maravillado por las subyugantes imágenes del libro, por su vigoroso lenguaje poético, pero también desconcertado porque la voz desenvuelta, incisiva y audaz de su poesía política se muestra ahora replegada del mundo, como una voz asediada, dirigida — tal vez por ello — no hacia fuera, sino hacia adentro; en suma, como una voz cautiva. Título del poema que da nombre al libro en *La prisión del mundo* (último verso de este poema, escrito todo él en mayúsculas).

¿Desesperación? ¿Frustración? ¿Impotencia? En ese mismo poema, esa voz se califica así:

Esta voz pesadumbre,  
coagulación interna,  
goterón errabundo golpe a golpe  
donde un mar sin arena  
impetuosamente irrumpe contra flores más altas,  
contra cielos profundos  
donde los párpados se hunden amontonados como estiércol,  
incinerante llama redonda que no sube,  
se ahoga,

se agiganta palpitando su espectro  
contra muros de yesos interiores.

Qué tiene que ver — me preguntaba yo entonces — esta voz o “coagulación interna” que “se agiganta” “contra muros de yesos interiores”, con aquella otra que se alza en el poema “No podréis” contra:

Los que con vuestras manos sellásteis los ojos de los niños  
Los que estáis conduciendo el Hambre y la caricia hacia  
un mismo desierto  
Los que aún lleváis en vuestras noches los rumores siniestros  
de la última descarga  
llamad inútilmente por el sueño  
Una nueva bandera ondea ya triunfante en el espacio.

¿Qué tiene que ver con el libro anterior? Aparentemente nada, pese a que se trata de versos escritos los mismos años, 1933 y 1934. En verdad, hay motivos para el desconcierto — y éste me lleva a confesárselo a Emilio — ante el contraste, que percibo, entre la voz cautiva de este libro y la voz combativa de los poemas publicados en *Octubre* y los inéditos de *El calendario incompleto del pan y el pescado*. ¿Marcha atrás?, le pregunto. Y Emilio, con su aire tolerante y paciente de siempre, me responde: “No hay marcha atrás, sino un alto en el camino”, respuesta que yo interpreto — bajo la sonrisa complaciente de Emilio — como si este “alto en el camino” fuera un preguntarse él si el terreno que pisa como poeta está firme bajo sus pies. Respuesta, así interpretada, que me saca del desconcierto al suponer que para Emilio ese “alto” es una autoinvitación a reflexionar sobre su propia poesía para ver si sirve en un mundo que — como dice el poema — es una prisión. Nos encontramos entonces con esta especie de duda cartesiana — en clave poética — sobre la poesía en la vida, que volverá a darse a lo largo de su peregrinar poético. Así pues, en *La voz cautiva* nos encontraríamos con una autoconciencia poética, o vuelta

de la mirada del poeta sobre su poesía, desde el nivel combativo en que entonces se sitúa. Pero, con el tiempo, Prados no sólo se preguntará sobre el sentido o valor de su poesía a la vez cautiva y comprometida, sino —como atestigua su correspondencia posterior— sobre el valor y sentido de una poesía que como la suya —en el exilio— se confunde con la vida misma.

En el verano de 1935, mi relación con Emilio se da en otro plano. José Enrique Rebolledo y yo hemos planeado una revista que se llamará *Sur* y que, siguiendo los pasos de la revista *Octubre*, de Alberti, pero independientemente de ella, aspira a unir, con un espíritu más abierto, literatura y revolución. Se trata de un proyecto ambicioso, teniendo en cuenta el medio provinciano en que nos movemos. Pero el proyecto se realiza, con la salida de dos números, contando con la ayuda de Bernabé Fernández Canivell y con la de Emilio al poner a nuestra disposición la imprenta *Sur* y, sobre todo, al abrirnos las puertas a la colaboración de sus amigos literarios, especialmente Alberti. Nos brinda, asimismo, su romance “Los amos no duermen”. Por mi parte, publico un poema, “Número”, que, visto retrospectivamente, acusa la influencia de la poesía combativa de Emilio en aquel tiempo.

En septiembre de ese 1935 me traslado a Madrid para iniciar mis estudios de filosofía y letras en la Universidad Central. Todo el mundo me pregunta, en los medios literarios, por Emilio, pues nadie se explica su prolongado silencio poético. Mientras tanto, el ambiente político del país se va enconando cada vez más, sobre todo después de la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36. Al finalizar el curso, en junio de ese año —el año terrible—, regreso a Málaga, dados los vientos que soplan cada vez más amenazadores, que estoy convencido de que nos espera un futuro inmediato sombrío. Busco a Emilio en esos días. Converso con él —como en otros tiempos— por el Paseo de los Curas y por el Paseo de la Farola. Hablamos más de política que de poesía, y aún más del futuro que nos amenaza que del pasado. Emilio lo ve venir angustiado, acentuando un pesimismo ya habitual en aquellos días que, desgraciadamente, se va a jus-

tificar poco después. Está ansioso de información y yo le doy la que tengo —unos días antes el 18 de julio— de primera mano: la de mi padre —oficial de Carabineros— que ha sabido de los contactos subversivos, en esos días, del general Queipo de Llano, en el Cuartel de la Parra. Le informo también que la JSU, en la que milito, espera la sublevación de un momento a otro.

La confirmación trágica de lo que tememos llega el 18 de julio con una serie de hechos que se encadenan en Málaga uno tras otro: las unidades militares que parten sublevadas del Cuartel de Capuchinos, la respuesta popular cerca de la Aduana y los edificios incendiados del centro cuyas llamas alcanzan la casa de los Prados, en la calle Larios, aunque Emilio ya no vive en ella. Lo busco unos días después y lo encuentro, en aquella Málaga caótica, verdaderamente alarmado e inquieto por el destino de los suyos: su madre y sus sobrinas. También lo desazona el suyo propio pues no sabe a qué atenerse en aquellos momentos, tan inciertos.

—Yo no sé hacer más que poesía y los tiempos no están para ella —me dice con un dejo de tristeza. Trato de alentarlo.

—Llegará el tiempo, Emilio →le digo— para la poesía, pues como tú sabes muy bien la vida es inconcebible sin ella.

—Pero, por lo pronto, no hay lugar para la vida ni para la poesía —me replica con un dejo aún más triste, mientras detiene su mirada en unos edificios incendiados de la calle Larios.

Absorbido por las tareas de la JSU y preocupado por mi vida familiar, ensombrecida por la injusta detención de mi padre, dejo de ver a Emilio en aquellos días de julio y agosto. A final de este mes me entero de su salida en barco —con su madre y sus sobrinas— hacia Alicante. Poco después, cuando menos lo esperaba, lo escucho recitar por Radio Madrid su romance “Madrid, ciudad sitiada” con una voz vibrante, inusual en él. Sé ahora cuál ha sido su punto de destino: no un cómodo lugar tras su salida de la convulsa Málaga, sino el arriesgado de Madrid donde en aquellos días de noviembre se está decidiendo la suerte de la República.

Permanezco en Málaga hasta su caída el 9 de febrero de 1937. Salgo por la carretera costera de Almería poco antes de que entren las tropas franquistas. Voy con la multitud que camina lentamente en las condiciones más espantosas: asediada por los tanques que pisan los talones de los fugitivos y bajo los disparos de los ensordecedores cañones de los barcos de guerra franquistas a ras de tierra. Llego a Almería con los pies ensangrentados tras de haber compartido en la carretera la angustia de una larga caravana, formada en gran parte por ancianos, mujeres y niños. A los pocos días, por instrucciones de mi organización juvenil, me traslado a Valencia. Allí me encuentro de nuevo con Emilio, pero con un Emilio muy distinto del que, casi desesperado, había encontrado en Málaga, un Emilio entusiasta que me cuenta con orgullo lo que ha hecho en el acosado Madrid por defender la República junto con sus compañeros de la Alianza de Intelectuales, en cuyo edificio ha vivido con Alberti y María Teresa León. Y en Valencia, en los meses de febrero y marzo de 1937 —pues en abril marché a Madrid para hacerme cargo de la dirección del periódico *Ahora*—, puedo comprobar que su entusiasmo se mantenía en alza. Nada queda, pues, del Emilio angustiado de la Málaga en llamas. En Valencia sigue haciendo poesía como siempre, pero a la vez embebido en tareas colectivas, entre ellas la redacción de *Hora de España*. Por cierto, después de contarle el éxodo terrible de la carretera costera de Almería, me pidió un relato testimonial de aquella dramática experiencia que él se encargaría de publicar y que, efectivamente, se publicó poco después en la revista con el título de “Málaga, ciudad sacrificada”.

Antes de salir yo para Madrid, Emilio se interesó también por algunos romances míos para el *Romancero general de la guerra de España* que estaba preparando. Y a los pocos días me despedí de este entusiasta Emilio que en Valencia seguía siendo el gran poeta que ya era, pero además un activo defensor de la República en múltiples actividades como redactor, recopilador, editor y organizador —con Alberti y otros— del Segundo Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Desde

septiembre de 1937 yo me encontraba en el frente, por eso ya no volví a verlo hasta enero del año siguiente en algunos encuentros un tanto fugaces en Barcelona. Eran los días agobiantes e inciertos del final de la guerra, cuando él y yo estábamos muy lejos de sospechar que pronto habríamos de encontrarnos en México, iniciando un nuevo y largo capítulo de nuestras vidas.

Durante los primeros años del exilio, antes de replegarse en el aislamiento y la soledad de otros tiempos, Emilio mantiene cierta convivencia con escritores mexicanos como Octavio Paz (en cuya casa se hospeda recién llegado) y con sus compatriotas León Felipe, Moreno Villa, Juan Rejano y otros. Gran parte de su tiempo lo dedica a su trabajo como director tipográfico en la Editorial Séneca, fundada por José Bergamín. En sus horas libres se consagra a una actividad pedagógica informal que recuerda la que había ejercido, años antes, entre los pescadores de El Palo. Pero ahora se trata de los alumnos del Instituto Luis Vives, dirigidos por un viejo institucionalista, Rubén Landa, y de los cuales viene a ser una especie de consejero espiritual. Una función semejante cumple también con los llamados “niños de Morelia”, acogidos por México durante la Guerra civil, en una casa-hogar que me tocó a mí dirigir por un año (1943-1944). Esto me permitió volver a ver a Emilio con frecuencia, aunque debo reconocer que el motivo fundamental de sus visitas a la casa eran los jóvenes huéspedes de ella y no su director. De estos años recuerdo también que no obstante la intensa actividad política que se desplegaba en el exilio, y en la cual participaban ampliamente los intelectuales exiliados, Emilio se mantenía completamente al margen de ella. Este contraste tan notable con su actividad entusiasta durante la guerra sólo podía explicarse —y así me lo explicaba él— por la conmoción que había dejado en su ánimo la derrota y por la responsabilidad que en ella atribuía a los dirigentes republicanos, a los que sumaba su malestar por el divisionismo imperante entre los partidos políticos del exilio. Sólo algunos años después, al surgir entre los jóvenes el llamado

Movimiento Español 59, se vio a Emilio —siempre atento al pulso de la juventud— asistir a algunos de sus actos.

Sin embargo, por aquellos años varios hechos contribuyeron a reducir su vida pública a su mínima expresión: 1) la irrupción, en su vida, del niño Paco Salas, huérfano recogido en la calle, que él acogió como hijo adoptivo y que cuidó, protegió y orientó como si fuera un verdadero hijo; 2) la pérdida de su fuente de trabajo, lo que lo obligó a vivir casi exclusivamente de las aportaciones de su hermano Miguel, y 3) su desencanto político. Todo esto lo hundió de nuevo en el aislamiento y la soledad. Su actividad se concentró entonces en el quehacer poético hasta tal punto que vida y poesía se fundían en él, y fundidas se mantuvieron durante todo el exilio hasta su muerte. Volvió, pues, Emilio a hacer poesía, pero, en contraste con su dejadez anterior, publica todo lo que puede de su abundante cosecha, de la pasada y la presente. Y así van apareciendo *Memoria del olvido* (1940), *Jardín cerrado* (1940), *Antología* (1954), *Río natural* (1957), *Circuncisión del sueño* (1957), *La sombra abierta* (1961) y *La piedra escrita* (1961). Cito sólo los libros aparecidos en vida y en el exilio, libros que tienen poco que ver con su poesía comprometida de los años de la República y de la Guerra civil. Ciertamente no podría seguir haciendo ese tipo de poesía quien se había desencantado de la política que la había inspirado. Emilio hace ahora una poesía trascendente, aunque siempre humana, que no se deja llevar por ninguna circunstancia, pero una poesía, a su vez, de tan alta dimensión creadora, que la ubica en las más altas cumbres de la poesía española contemporánea. Grandeza de una poesía escrita en el exilio, pero no propiamente del exilio, aunque no faltan en ella temas propiamente del exilio como el de la nostalgia.

Recuérdese:

¡Cuando era primavera!  
Pero, ¡ay!, tan sólo  
cuando era primavera en España...

Solamente en España,  
antes, ¡cuando era primavera!

Emilio, como se ve claro en su correspondencia, no se hallaba obsesionado — como casi todos los exiliados — por la vuelta, aunque Málaga, y sobre todo su mar, no desaparece de su memoria. Por otra parte, aunque en México lo atraen sus hombres y su naturaleza, no se siente tampoco arraigado. Su poesía está más allá de lo que lo ata — en su memoria — a su tierra, y de lo que lo vincula ahora con esta otra — no escogida por él — que le acoge. Su verdadero mundo está entre una y otra, y lejos también del que había vivido unos años antes de llegar a tierra mexicana. Ahora bien, aun comprendiendo que Emilio hace — y no puede dejar de hacer — una poesía que corresponde a ese mundo suyo tan peculiar — en el exilio, pero no del exilio — no dejo de expresarle, en una ocasión, cierta reserva con respecto a su *Antología*, celosamente seleccionada por él y publicada en 1954, por la exclusión tajante de ella — con algunas excepciones — de sus poemas de los años de la República y de la Guerra civil. Emilio me responde que no los ha incluido deliberadamente porque no eran “buena poesía, y no lo eran — precisa — porque no puede hacerse ‘buena poesía’ al servicio de la política”. Discrepando de su respuesta, le digo que su propia poesía de esos años refuta su tesis, aunque en el exilio haya hecho necesariamente otra y gran poesía.

Como vemos, el alejamiento de la política lleva a Emilio incluso a condenar — injustamente — su propia poesía política. Y, sin embargo, este alejamiento no es total. En estos años — hasta ya entrada la década de los cincuentas — siente la preocupación, en definitiva política, de si publicar en España no beneficiará al régimen que la oprime; preocupación compartida por casi todos los escritores del exilio. Más de una vez hablamos sobre esto. Por entonces, y gracias al trabajo que, en relación con el interior, hacemos un grupo de la Unión de Intelectuales Españoles en México, le hago ver a Emilio que en España ya se elevan nuevas voces como las de Blas de Otero, Gabriel Celaya y José Hierro,



que demuestran que la buena poesía no sólo se hace en el exilio. Y en cuanto a su preocupación por publicar allá, le comunico la opinión que he recogido de un dirigente de la oposición intelectual clandestina en el interior. Se trata de Federico Sánchez (en la actualidad, Jorge Semprún) quien me dice en 1954 —durante un Congreso del PCE cerca de Praga— que la publicación de la poesía del exilio es bienvenida en cuanto que sus voces se hermanan con las más dignas de dentro. Convencido por estos argumentos, Emilio se dedica a publicar —o a dejarse publicar en España— en diversas revistas como *Caracola*, de Málaga; *Papeles de Son Armadans*, de Palma de Mallorca; *Ágora y Poemas de España*, de Madrid.

Pasan algunos años y con ellos la tristeza y la angustia crecen en la vida solitaria de Emilio. Su soledad se ha agravado al casarse su ahijado Paco y quedarse solo en su modesto departamento en el tercer piso del número 265 de la calle Lerma. Ciertamente, su soledad se veía paliada cada vez que lo visitaban —en su casa tan bien descrita por el poeta, amigo y antiguo “niño de Morelia”, Francisco González Aramburu— jóvenes y viejos amigos. Entre los más frecuentes visitantes están, además del propio Aramburu, otros “niños” de Morelia como Miguel Ortega y Raúl Salazar, los jóvenes escritores exiliados Santiago Genovés, Tomás Segovia, Jaime García Ascot y Carlos Blanco Aguinaga, cuando estaba en México. Y entre los mayores, Rodolfo Haffter, José Moreno Villa, Antonio Rodríguez Luna, Juan Rejano, Manuel Rivas Cherif (su oculista) y Miguel Prieto, que le hizo un magnífico retrato. Sin embargo, Emilio se queja cada vez más de su angustia, soledad y tristeza. A estos males del alma se le agregan en sus últimos años los del cuerpo: los ataques de la enfermedad que nunca han dejado de acosarle.

El 24 de abril de 1962 por la mañana recibo una llamada de la señora que lo cuidaba; con voz angustiada me comunica que Emilio acaba de fallecer. Cuando llego a la casa aún se encontraba allí su médico, el doctor José Puche, que sólo pudo certificar su muerte. Al día siguiente fue enterrado en el Panteón Jardín. En

aquella triste despedida estaban, entre otros, el doctor Puche, Gallegos Rocafull, Manuel Andujar, Ramón Xirau, Juan Rejano, Enrique Rebolledo, Antonio Rodríguez Luna y, por supuesto, su ahijado Paco Salas. Ese mismo día envié a José Luis Cano, en Madrid, una crónica del entierro que le sirvió para su nota necrológica en *Ínsula*. Su muerte fue para mí, y para mi esposa Aurora, que también lo había tratado mucho, uno de los días más tristes de nuestra vida. Mi relación viva, personal, de treinta años con el gran poeta que tanto admiraba y con el amigo entrañable, se rompió abruptamente para siempre. De ella quedan los recuerdos que hoy he pretendido rescatar.